

La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales

Ricardo Forster

1. Alrededor de las escrituras, de sus diferencias, de sus proyectos no siempre convergentes, se ha planteado un debate a veces público y las más de las veces sordo en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Reclamos de rigurosidad y depuración estilística no han dejado de aparecer desde siempre en nuestros ámbitos, como si a través de esos gestos se estuvieran jugando posiciones fuertes, mundos teóricos capaces de erigirse en portadores de hegemonías científicas y académicas. Doblemente criticado por la tradición positivista y la del *Gelehrte* alemán, el género ensayístico quiso ser confinado a la periferia de los saberes serios, habitante apenas de un margen compartido por poetas y narradores o, en el mejor de los casos, constructor de un intervencionismo cultural digno de convertirse en objeto de estudio de aquellos que lo abordan sabiendo destacar las diferencias entre dos mundos opuestos, que vuelven al ensayo materia prima de escrituras investigativas que lo traicionan de lado a lado. Escritores de márgenes, pensadores inclasificables, poetas que se internan por regiones ajenas, viejos eruditos que al final de sus días, y en la calma de la jubilación, abandonan los lenguajes académicos para distraerse “sabiamente” utilizando los registros del ensayo. Lo cierto es que casi nunca, por decirlo con suavidad, la tradición del ensayo ocupó un lugar destacado y reconocido dentro de los claustros universitarios, como si lo persiguiera siempre un amauterismo nunca superado, ese tocar de oído que puede servir para la divulgación o el impacto intelectual sobre un amplio público pero que nada o poco aporta a la genuina labor investigativa que elige seguir los caminos arduos de la seriedad y la autocontención estilística, destacando, por sobre todas las cosas, la imprescindible asepsia de la escritura frente al subjetivismo de la forma. Desde Nietzsche, por no decir desde Platón, sabemos que la forma es el contenido, que las palabras presentan el mundo de acuerdo a su sensibilidad; que la artesanía del lenguaje sustenta ideologías y prácticas, quehaceres académicos y aduanas disciplinarias. Pero también intuimos que las escrituras son mucho más que una mera cuestión formal, apenas una diferencia de criterio, vemos en ellas un involucramiento más profundo y decisivo con los mundo que se lanzan a explorar, involucramiento que encuentra en el estilo un núcleo esencial que define el contenido de los proyectos intelectuales y académicos.

El ensayo ha sido, e intentaremos hacernos cargo de esta afirmación, el género de la modernidad. Desde Montaigne y Walter Benjamin hasta George Steiner y Jorge Luis Borges, esa ha sido la escritura que mejor ha representado una travesía histórica caracterizada por la continua tensión entre sus aspiraciones universalistas y la crisis que no ha dejado de martirizarla desde sus comienzos. El ensayo, en todo caso, se instaló en el ojo de la tormenta, no eludió la responsabilidad de interrogar por esos claroscuros de una cultura que había nacido para destituir, de una vez y para siempre, los dominios de la barbarie y de lo irracional. Escapando de las grandes narraciones que buscaron darle una explicación final a la marcha de la historia y al orden de la naturaleza, el ensayo habitó la hondura de la crisis sabiendo que allí era donde podría tomarle mejor el pulso a la época. Pero también supuso, en el inicio mismo de la aventura moderna, apenas girando el Renacimiento hacia las complejidades del Barroco, la apertura a una tradición a contrapelo de los discursos hegemónicos, aquellos que se desplegaban por el nuevo tiempo de la historia proclamando su dominio, construyendo, hacia atrás y hacia adelante, el relato de una marcha homogénea y lineal que venía a consolidar el grandioso edificio de la cultura moderna. El ensayo, en

cambio, se convirtió en una artesanía de la sospecha, pacientemente fue girando alrededor de la pregunta como fuerza elemental desde la que situarse estratégicamente para pensar las fisuras de ese edificio que se presentaba tan sólido e indestructible. El ensayo, como género moderno, ha llevado, desde el inicio, la marca de la interrogación crítica, ha hecho suya la inquietud y la sospecha intentando colocar su indagación por fuera de los cánones establecidos y más allá de las gramáticas al uso. Entre la sospecha y la crítica, el ensayo abrió el juego de una modernidad ya no deudora de una única y excluyente visión del mundo, sino que se convirtió en la expresión de una escritura desfondada, abierta, multívoca y celosa amiga de la metáfora y compañera, en sus mejores momentos, de la intensidad poética.

La escritura del ensayo es provisional, va tanteando el territorio por el que se desplaza sabiendo que no existe rumbo fijo, camino seguro hacia la certeza¹. Ensayar, experimentar con extraños cruces, tensar de la cuerda sabiendo que puede romperse, mezclar lo que se rechaza entre sí, incursionar en el campo del enemigo, son algunos de los modos y de las estrategias del ensayo. Pero también lo es su radical fragilidad, la conciencia de sus límites y la presencia siempre amenazante de la equivocación. Dicho más crudamente: el ensayo siempre tiene una dimensión opaca y equívoca que le permite atravesar mundos conceptuales muchas veces opuestos, extrayendo de esa experiencia del umbral su componente más interesante y vital, su razón de ser. “Escribe ensayísticamente -señaló Max Bense- el que compone experimentando, el que vuelve y revuelve, interroga y palpa, examina, atraviesa su objeto con la reflexión, el que parte hacia él desde diversas vertientes y reúne en su mirada espiritual todo lo que ve y da palabra a todo lo que el objeto permite ver bajo las condiciones aceptadas y puestas al escribir.”² Caminante de cornisas, el ensayista sabe de extravíos y de deslizamientos hacia zonas peligrosas. Claro que ese juego con lo extremo, ese tocar el fuego con riesgo a quemarse, no significa que su escritura sea expresión de diletantismo, apenas un juego irresponsable de quien no tiene nada mejor que hacer que manipular elementos inflamables sin hacerse cargo de los peligros que entraña. La tradición ensayística ha sido, desde sus lejanos inicios, una fuerte toma de partido, un impulso crítico y una profunda interrogación respecto a las condiciones de su propia época. Pero esa búsqueda experimental nació de las fisuras del discurso oficial, fue el resultado de la oscura tensión que desde sus comienzos atravesó el espíritu de la modernidad. Tal vez por eso el ensayo sea la escritura del sujeto moderno, manifestación de sus extraordinarias inquietudes y de sus soledades. Lejos de cualquier forma de consolación, el lenguaje provisional y crítico volvió sobre sus propios pasos, se encargó de hurgar en el interior de sus fantasmas, e impidió que la lógica expansiva de una subjetividad arrasadora se desplegara por la historia libre de cuestionamientos. El ensayo ha sido la escritura de la sombra, el revés de la luz racional, la fisura en el muro de la certeza cartesiana, la poética de la hegeliana “noche del mundo” o el intento de seguir tras las huellas huidizas del “mal radical” apenas pronunciado por Kant. Viaje hacia los confines de una época caracterizada como homogénea que, sin embargo y a la luz crítica de ciertos pensadores del límite, nos devuelve sus opacidades, sus formas fantasmagóricas, sus extrañas pesadillas, sus insondables cavernas en las que naufraga su deber ser.

¹ En una notable reflexión sobre “El ensayo como forma” Theodor Adorno ha insistido en esta profunda diferencia entre la comprensión “científica” y la ensayística: “Los ideales de limpieza y pureza, comunes a la filosofía orientada a valores de eternidad, a una ciencia internamente organizada a prueba de corrosión y golpes y un arte intuitivo desprovisto de conceptos, son ideales que llevan visible la huella de un orden represivo. Se exige del espíritu un certificado de competencia administrativa, para que no rebase las líneas-límite culturalmente confirmadas de la cultura oficial. Y al hacerlo se propone que todo conocimiento pueda traducirse potencialmente en ciencia”. (T. W. Adorno, “El ensayo como forma”, trad. de Manuel Sacristán, *Pensamiento de los confines*, núm. 1, segundo semestre de 1998).

² Max Bense, “Über den Essay und seine Prosa”, *Merkur*, año 1947, núm. 3, 9418. Citado por T. W. Adorno, ob. cit.

El ensayo se detuvo pacientemente a indagar esas zonas turbias de un sujeto ya no sólo deudor de saberes arrogantes e incuestionables, solidificados alrededor de una racionalidad inexpugnable, sino que emergía como insospechado deudor de sus propias oscuridades. En el desfondamiento de la conciencia moderna, en su crisis que la acompañó desde el afloramiento en el mundo, el ensayo encontró y encuentra su material, la excusa para una escritura destemplada y que no renuncia a la crítica como fuerza vital de la travesía del propio sujeto. Es por eso que desde Montaigne el ensayo no dejó de viajar hacia esas zonas de más allá del límite, se internó en esos territorios prohibidos y custodiados duramente por los gendarmes de la razón y la transparencia. Con Etienne de la Boétie, el amigo de ese maestro del inicio, la escritura se tensó hacia lo obturado por esa nueva y sorprendente máquina del poder nacida en el mismo amanecer de los tiempos modernos: el Estado. Etienne de la Boétie no dirigió su pregunta hacia la trama del poder, no buscó indagar por su funcionamiento (como sí lo hizo su otro contemporáneo genial, Maquiavelo), su interrogación dejó al desnudo la fragilidad del nuevo actor de época, el individuo, ese sujeto que parecía iniciar una marcha indetenible hacia el futuro, sacudió sus ilusiones y su arrogancia mostrándole que en el mismo comienzo de su travesía se escondía la marca imborrable del renunciamiento, el abandono de su libertad. Montaigne, sabio y escrupuloso contemplador de su vida y de la de los demás, fue un poco más allá y se interesó por el umbral infranqueable, por la última frontera que dejaba al desnudo la fútil arrogancia del hombre: la muerte. Entre la interrogación despiadada y desolada por la renuncia a la libertad que guió la genial intuición crepuscular de Etienne de la Boétie, y la presencia de la muerte como núcleo de todo genuino indagar por lo humano y sus límites de Montaigne, se despliega la tradición del ensayo. Tal vez por eso, por atreverse a penetrar en regiones inciertas o por no renunciar al riesgo de un pensar sin andadores, el ensayo quedó relegado de la “seriedad” académica convirtiéndose, a los ojos de una gendarmería del conocimiento, en sospechoso, en expresión, apenas, de un ludismo del lenguaje que desviaba el verdadero eje de toda investigación seria y rigurosa. Dejado a poetas e intelectuales, el ensayo se despidió durante muchísimo tiempo de las universidades desplegando sus búsquedas por regiones tan distantes de lo académico como pueden serlo la literatura, el periodismo de ideas, la intervención pública o la labor solitaria de pensadores que eligieron habitar los márgenes haciendo de sus escrituras una amalgama de ideas y vida, de intenciones y sensibilidad. Extraña paradoja la de una historia que terminó alimentando a las ciencias sociales de aquello mismo que había producido el ensayo en sus márgenes. Mientras que para quien cultiva el ensayo como estilo sigue siendo necesario e imprescindible su diálogo con y la apropiación de otras estilísticas (en particular las que pueblan los ámbitos académicos y las formalidades específicas de las monografías pero también las que se desplazan por las calles del arte y la literatura), ese no parece ser el gesto de los dispositivos hoy dominantes en el mundo de la investigación científica.

Apertura del sentido, rebasamiento de las fronteras ideológicas, gozosa manifestación del don misterioso de la metáfora como trinchera última desde la cual defendernos de la uniformidad mercantil, el ensayo ha sido, a lo largo de su deriva moderna, el género de la imprudencia, la manifestación de la locura del sujeto allí donde el imperio de la razón hizo lo imposible por ocultar su perturbador origen. Escritura de y en la locura, el ensayo conoce la indecencia y la pureza como momentos esenciales de cualquier viaje de aventuras; sobre todo ha logrado, para nosotros, difuminar las falaces fronteras que las buenas conciencias han intentado trazar como separación radical entre el bien y el mal. Escritura de la contaminación, el ensayo hunde sus raíces en el gesto del alquimista, de aquel que sabe que lo hermoso puede nacer de lo putrefacto, de lo sucio y que, recorriendo el camino inverso, lo más desencarnado, lo que yace en el barro, puede ser parido por lo más bello. Iluminación de lo oscuro que sabe que la luz es el revés de la sombra, que la búsqueda aparentemente pura del ideal esconde, aunque no lo sepa su cultor, la horrible manifestación del sufrimiento.

En un ensayo de una belleza y una profundidad inigualables, Claudio Magris ha logrado plasmar lo impostergable de la fe literaria, la secreta persistencia, en su itinerario por la vida humana, de lo ineludible de la literatura como expresión de lo abierto que es, al mismo tiempo, lo secreto y esencial. Sin literatura, dice Magris, la existencia sería infinitamente más pobre, no porque ella nos transfiera continuamente hacia las regiones maravillosas de la imaginación, saltando por los límites de una realidad trivial, sino precisamente porque logra, sin abandonar nuestra cotidianidad, hacerla estallar en mil direcciones, quebrando las univalencias, las formas acabadas de lo verdadero, hasta hacer proliferar, como un juego único y misterioso, la plenitud desbordada de la realidad del mundo junto con la amplificación de la propia interioridad de los hombres. Quizás el ensayo encuentre su valor en su proximidad con la literatura, en ese mismo ejercicio que rebasa las fronteras de la realidad del mundo y de lo real en el sujeto, mostrando que lo evidente derrapa hacia zonas de inexplicada opacidad, y que lo indiscernible puede encontrar, por vía de un lenguaje iluminante, algo de claridad. Así como la literatura se desentiende de recetas al uso y de fórmulas consoladoras, el ensayo, en su experimentación de forma y contenido, también se distancia de palabras acabadas y de discursos compensadores. “Es la literatura -escribe sabiamente Claudio Magris- la que puede salvar esas pequeñas historias, iluminar la relación existente entre la verdad y la vida, entre el misterio y la cotidianidad, entre el individuo concreto y la Babel de la época.”³ Deudor gozoso de la literatura, él mismo literatura en sus mejores exponentes, el ensayo a diferencia del tratado científico, hace de la indagación experimental, de la inquietante artesanía poética, de la sensibilidad literaria por las “pequeñas historias”, su punto de referencia, la brújula que lo orienta en el difícil viaje por las geografías de la modernidad. Como ha dicho bellamente Adorno, el “ensayo se propone buscar lo eterno en lo perecedero.”⁴

Retomando la crítica adorniana a lo que él llamaba las exigencias de certificaciones de competencia administrativa, es fundamental destacar que el gesto de cultivar el ensayo en el espacio universitario, e incluso hacerlo valer en esas zonas impregnadas por una legislación inmutable propia del formato de doctorado, constituye una política consciente, una defensa indispensable de bienes culturales amenazados por la maquinaria académica que todo lo aplana y lo vuelve homogéneo. La lógica productivista que hoy domina gran parte del espectro investigativo y la que suele determinar los proyectos aprobados por los nuevos gerenciantes del conocimiento, se contraponen rudamente a una escritura casi imposible de encasillar y de sintetizar, que se resiste a su matematización o a su codificación embrutecedora. En este sentido, y volveré sobre esta cuestión más adelante, el ensayo no es un simple gesto estético, que no es poco, supone, antes bien, una toma de partido, la insistencia en defender una tradición que por lo general ha habitado los márgenes de las instituciones y que se ha negado a plegarse a esas exigencias propias del mercado. No puedo dejar de insistir en algo que no parece ser obvio para gran parte de los que pueblan el mundo de las ciencias sociales: en la escritura se juegan proyectos, se dirimen perspectivas muchas veces opuestas, se evidencian legados y tradiciones guardadas en la memoria de esa misma escritura; la forma, la certeza de ser portador de un estilo, es algo corporal, algo que penetra enteramente lo que decimos y lo que queremos decir contaminando decididamente el producto de nuestros esfuerzos intelectuales. Si algo jamás es inocente es la escritura, en ella y a través de ella se perfila el mundo que deseamos habitar. Me propongo, en el próximo punto, hacer un desvío para mostrar de qué modo el lenguaje, sus usos, constituye el núcleo decisivo de la cultura, en él se juega mucho más que una cuestión de gustos. A veces pensar en los extremos nos permite clarificar lo rutinario.

³ Claudio Magris, “¿Hay que expulsar a los poetas de la República?” en *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*, Anagrama, Barcelona, 2001, trad. de J.A. González Sainz, p. 25.

⁴ T. W. Adorno, ob. cit.

2. En un mordaz y durísimo ensayo, escrito hacia finales de los años cincuenta y en pleno milagro alemán, George Steiner declaraba sin ningún tipo de eufemismo la muerte del idioma de Goethe, Hölderlin, Nietzsche y Thomas Mann. Una doble muerte lo sepultó: primero el profundo e irreversible emponzoñamiento al que lo sometió el totalitarismo nacionalsocialista y, después, la degradación a través de su vulgarización mediática, su puesta a disposición del engranaje productivo-comunicacional de la sociedad de masas. Steiner sostenía, en aquel texto de extrema lucidez y anticipación, que el lenguaje no puede salir ileso de una rutinaria y sistemática práctica degradatoria; que hay una responsabilidad histórica que no puede ser negada, pasada por alto. El idioma nunca es inocente, y la lengua alemana “no fue inocente de los horrores del nazismo. Que Hitler, Goebbels y Himmler hablaran alemán no fue mera casualidad. El nazismo vino a encontrar en el idioma alemán exactamente lo que necesitaba para articular su salvajismo. Hitler escuchaba en su lengua vernácula la historia latente, la confusión y el trance hipnótico. Se zambulló acertadamente en la espesura del idioma, en el interior de aquellas zonas de tiniebla y algarabía que constituyen la infancia del habla articulada y que existieron antes de que las palabras maduraran bajo el tacto del intelecto. Oía en el idioma alemán otra música que la de Goethe, Heine y Mann; una cadencia áspera, una jerigonza mitad niebla y mitad obscenidad. Y en vez de alejarse con náusea y escepticismo, el pueblo alemán se hizo eco colectivo de la jacaranda de aquel sujeto. El idioma se convirtió en un bramido compensado por un millón de gargantas y botas implacables (...). Lo inefable fue hecho palabra una y otra vez durante doce años. Lo impensable fue escrito, clasificado y archivado.”⁵

Un idioma puesto al servicio de lo infernal, de una maldad sin fronteras, que ha engendrado palabras de muerte y degradación. Sustraerse a esta responsabilidad, mirar hacia otro lado, supone reproducir aquellas mismas palabras que fueron utilizadas para exterminar a millones de seres humanos. Todo tiene un límite más allá del cual sólo queda lo irreparable. El desvanecimiento de la memoria colectiva se convierte en el mecanismo que hace posible dejar atrás -bien enterrados- aquellos horrores que en una época de exaltación y muerte fueron vividos como algo natural y necesario. La tragedia no radica en la excepcionalidad sino en la naturalización del mal. Thomas Mann, con su implacable lucidez, fue uno de los pocos que se hizo cargo del desbarrancamiento del idioma alemán; él sabía que sólo en el exilio, viviendo una diáspora dolorosa y culpable, podía intentar salvar al idioma de su ruina final (sabiendo, de todos modos, que ninguna garantía se dibujaba sobre el horizonte). Cuando se alejó de su hogar, los “académicos” de la Universidad de Bonn lo privaron de su doctorado honorífico; como respuesta a ese agravio, Mann le escribió una carta al rector donde sostuvo que quien se servía del alemán para comunicar verdades o valores humanos no podía permanecer en el Reich de Hitler: “Grande es el misterio del lenguaje; la responsabilidad ante un idioma y su pureza es de cualidad simbólica y espiritual; responsabilidad que no lo es meramente en sentido estético. La responsabilidad ante el idioma es, en esencia, responsabilidad humana (...) ¿Debe guardar silencio un escritor alemán, que es responsable del idioma porque lo usa cotidianamente, guardar absoluto silencio ante todos los males irreparables que se han cometido y se cometen día tras día, especialmente si ello tiene lugar en el propio país, contra el cuerpo físico, el alma y el espíritu, contra la justicia y la verdad, contra la humanidad y el individuo?”. La extraordinaria respuesta literaria de Thomas Mann sería su *Doktor Faustus*; allí, en esas páginas escritas durante su exilio americano, intentó hacerse cargo de esa relación extrema, siempre presente, entre Mefistófeles y el alma alemana. La lengua lo condujo por los pasadizos secretos de la belleza y el horror.

⁵ George Steiner, “El milagro hueco”, en *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Gedisa, Barcelona, 1982, pp. 133-150

3. Mirar del otro lado de lo extremo constituye un ejercicio necesario, un modo pertinente de auscultamiento de la propia realidad. Lo oscuro, lo horroroso, está más integrado a la existencia cotidiana de lo que cualquier hombre sensato supone o quiere suponer. Hay muchas y variadas maneras de degradación de un idioma (que es lo mismo que decir de degradación de una comunidad de hablantes). Una, quizás la más terrible, es convertirlo en una lengua de la muerte, en una nueva sintaxis capaz de hacer pasar por normal lo espantoso, lo inhumano. Pero también existen otras prácticas degradatorias, otras metamorfosis que van secando el lenguaje, que lo van convirtiendo en ruido siniestro pero cuyo sonido se vuelve ordinario.

“Los idiomas -sostiene Steiner- son organismo vivos. Infinitamente complejos, pero organismos a fin de cuentas. Contienen cierta fuerza vital, cierto poder de absorción y desarrollo. También pueden experimentar la decadencia y la muerte”. El lenguaje que configura el pensamiento, que le ha abierto el mundo al hombre, también puede servir para embrutecerlo. El engranaje mágico de las palabras esconde potencialidades divergentes, es poseedor de un fondo cuya profundidad se nos escapa. Entre el amor y la muerte, entre la felicidad y el sufrimiento, las palabras de los seres humanos van desplegando su misterio, tejiendo a veces un texto de esperanza para, en el interior mismo de esa labor, terminar por darle cabida al lenguaje de lo siniestro y de la barbarie. Lo horroroso no radica en el descubrimiento del mal que cobija el idioma, lo verdaderamente pesadillezco es percibir detrás de aquellas palabras que supuestamente vehiculizaban el bien toda la carga de la violencia civilizada.

Pero señalaba antes que para Steiner una doble muerte sepultó al idioma alemán. La primera fue su conversión en la jerga tenebrosa del nazismo. La segunda, su puesta a disposición del “milagro” económico y tecnológico alemán, su reducción a mero apéndice del despliegue capitalista. El idioma plegó su espesura significativa, desdibujó su potencia metafórica, y fue triturado sistemáticamente por los nuevos medios de comunicación de masas que se hicieron cargo de la difusión generalizada de la lógica del mercado, de los dispositivos económico-tecnológicos que hoy atraviesan de lado a lado el planeta. El lenguaje fue “obligado” a entrar en una dimensión que le había sido ajena, sus perfiles fueron transformados a partir de las necesidades emanadas de los nuevos creadores de “realidad”. Una irreversible barbarie colonizó el idioma; una brutal homogeneización empobreció el habla de los hombres. Y en este punto la crítica de Steiner se hace universal, pues ya no se puede hablar solamente del alemán, sino que hay que incluir el lenguaje en general, el de ellos y el nuestro, dentro de este proceso de vaciamiento cuyo eje vertebral son los medios de comunicación. “Cada mañana -escribe Walter Benjamin- se nos informa sobre las novedades de toda la tierra. Y sin embargo somos notablemente pobres en historias extraordinarias. Ello proviene de que ya no se distribuye ninguna novedad sin acompañarla con explicaciones. Con otras palabras, ya casi nada de lo que acaece conviene a la narración, sino que todo es propio de una información”. Saturados de “información”, los hombres han ido perdiendo la capacidad para comprender, han olvidado el sentido de las palabras y han sido despojados de “lo extraordinario” para ser introducidos en el lenguaje de la banalización generalizada. “Una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre al tiempo que ese enorme desarrollo de la técnica (...). Nos hemos hecho pobres. Hemos ido entregando -continúa Benjamin- una porción tras otra de la herencia de la humanidad, con frecuencia teniendo que dejarla en la casa de empeño por cien veces menos de su valor para que nos adelanten la pequeña moneda de lo ‘actual’.”⁶

Este es el síntoma de nuestro tiempo, el espantoso reconocimiento de que nuestras lenguas pueden ser, y de hecho han sido, doblemente envilecidas: por el totalitarismo político que convierte a las palabras en un instrumento para la muerte y, desde el “otro lado” de la

⁶ Walter Benjamin, “Experiencia y pobreza”, en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1973, p. 168.

modernidad civilizadora, por la degradación mediática del lenguaje, por su lavaje y empobrecimiento sistemáticos. Actualmente nos movemos en el vacío de esta doble destructividad. Las palabras que utilizamos han perdido su sentido, las ha ganado un proceso casi irreversible de abstracción y, allí donde cayeron en manos de los medios de comunicación, no lograron escapar a su vulgarización. La lengua que hablamos se empobrece cada día más y su nivel de comunicabilidad resulta por demás sospechoso. En el interior de la sociedad de masas, metido en las redes de la información, el individuo es dicho por un lenguaje que manipula su vida y sus ideas; sus palabras ya no le pertenecen, se le han alejado y la jerga en la que se expresa delimita no sólo el empobrecimiento de su cultura sino, también, el silenciamiento del mundo como realidad vital y compleja.

Mientras que el totalitarismo político hace de la lengua un instrumento de dominación y exclusión, la irrupción de la sociedad computarizada convierte al lenguaje en un sucedáneo cada vez más vacío del lenguaje artificial de las máquinas. Un nuevo y feroz pragmatismo ha transformado no sólo la vida social y productiva, sino que se ha atrincherado en el lenguaje para despotenciar sus aspectos críticos e imaginativos en función de su manipulación serial y abstractiva.

4. Colocados en esta realidad donde la lógica del mercado y el pragmatismo de la funcionalidad y la eficiencia determinan los valores de nuestras sociedades, cabría preguntarnos qué ocurre con los intelectuales, especialmente aquellos que se dedican a la investigación social o política, aquellos que provienen del mundo de las ciencias sociales. ¿Hasta qué punto se han hecho cargo de este proceso de vaciamiento del lenguaje o han sospechado de estas nuevas discursividades que amparan su credibilidad en el triunfo planetario de la razón instrumental?

Del mismo modo que Steiner sostenía la responsabilidad del idioma alemán en el advenimiento y consolidación del nazismo, a mí me interesaría discutir hasta qué punto también hay un plegamiento del lenguaje de los intelectuales a la nueva lógica del mercado; hasta dónde en nuestros institutos de investigación y en nuestras universidades se ha ido operando el mismo vaciamiento de las palabras. ¿Podemos, acaso, extender al mundo académico, el de los congresos y los *papers*, la sospecha de una caída de la lengua en la barbarie y el empobrecimiento cultural? O, por el contrario, ¿es posible pensar que frente al avance de los medios de comunicación los intelectuales se han ido atrincherando para defender las últimas posiciones del espíritu? ¿estamos ante una durísima batalla, o ante una aceptación generalizada de las normas impuestas por las necesidades de la funcionalización productiva? ¿les preocupa a los escritores de informes, a los diseñadores de encuestas, el nivel de degradación que la sociedad computarizada le está imponiendo al lenguaje? ¿se detienen los científicos sociales ante el simple dato de la banalidad en la que han entrado la mayoría de los discursos, o, acaso, perciben el alto nivel de vocinglería que hoy atraviesa a los institutos de investigación? ¿hasta qué punto la compartimentación de los saberes que conduce a una especialización autorreferencial no determina, a su vez, la constitución de lenguajes técnicos incommunicables entre sí? En los institutos de investigación se ha ido imponiendo cada vez más el prototipo del *paper* vomitado por las computadoras, convertido en el ejemplo más cabal de un lenguaje pasteurizado, carente de vuelo creativo e indisimuladamente repetitivo. Lo que se busca es la supuesta eficiencia del lenguaje en términos de aceptación por parte del mercado científico-financiero. En este proceso de reformulación, que tiene en el procesador de textos su apoyatura técnica, el lenguaje de los científicos sociales (una denominación horrible que les cae como anillo al dedo) ha ido desprendiéndose de su espesura crítica y de su polisemia expresiva. La búsqueda de un idioma “común”, liberado de sus lastres localistas, de sus complejidades metafóricas y de los

registros siempre polisémicos de la memoria, supone un nuevo ritual donde el sacrificado es el lenguaje culto.

No sería arriesgado afirmar que esa *otra muerte* de la que nos hablaba Steiner también se opera, y de un modo sistemático, en el espacio de las ciencias sociales. Un nuevo Esperanto, con mucho de inglés comercial, se ha convertido en la gran utopía del ejército de sociólogos, politólogos, economistas, comunicólogos, y su mejor producto, el *paper*, hoy emerge como la carta de presentación de esta utopía lingüístico-comunicacional. El silencio de las ideas ha sido llenado por el ruido de este nuevo idioma universal.

“El mundo de las palabras se ha encogido”. La secularización operada en el universo del lenguaje desde el siglo XVII, su dependencia cada vez mayor de otros ámbitos, como pueden ser los lenguajes de las matemáticas o de la lógica simbólica, ha invadido a la propia lengua de los hombres como vehículo de comunicación integral con el mundo, tanto de lo real como de lo imaginario. “Si el cálculo de McKnight es fidedigno (...), el 50 por ciento del habla coloquial en Inglaterra y los Estados Unidos comprende sólo treinta y cuatro palabras básicas; y los medios contemporáneos de información de masas, para ser entendidos en todas partes, han reducido el inglés a una condición semianalfabeta”. Y el mundo de los intelectuales no ha permanecido al margen de este proceso de mutilación del lenguaje; especialmente cuando ha optado por la mimetización con los lenguajes de las ciencias físico-matemáticas o se ha plegado a las exigencias de la industria cultural. Los semianalfabetos se encuentran hasta en los lugares más sorprendentes; hoy pueblan las universidades, los salones literarios, los institutos de investigación, los hogares de la clase media, los partidos políticos, y todos amparados por el lenguaje universal de masas, que ha sabido llevar a sus límites más brutales ese proceso de encogimiento de las palabras generado por el proyecto civilizatorio de la racionalidad moderna.

5. La precariedad de aquellos que se resisten a este vaciamiento es innegable. Pero esto no supone un abandono de las posiciones y la aceptación pasiva del enmudecimiento de las palabras. Significa, antes bien, un desafío a contrapelo de lo que hoy predomina. Implica también cierta terquedad por volver a reconstituir los hilos perdidos de la memoria del lenguaje; supone también la necesidad imperiosa de cruzar los caminos, de mezclar los distintos lenguajes en la perspectiva de un nuevo ecumenismo de las palabras que sea capaz de entrelazar, en el interior experimental del ensayo, las diferentes escrituras. Quizás por eso sea hoy el ensayo un campo de resistencia apropiado, un punto de fuga que no se deja homogeneizar. Porque el ensayo configura un territorio donde el conflicto no es eliminado, donde es posible atravesar la espesura del mundo echando mano al lenguaje de un poeta o a la escritura de un filósofo. Frente a la rigidez computarizada del *paper*, el ensayo reconoce su precariedad, sus búsquedas irresueltas, sus perplejidades. En todo caso, es otra la lógica que define al ensayo; una lógica de la sospecha frente a los saberes constituidos; una lógica de la experimentación que deja que las ideas emerjan a la vida sin un acabamiento absoluto; una lógica que reconoce la espesura de las palabras, que se preocupa por encontrar los puntos de cruce de sensibilidades diferentes y que supone que no hay incompatibilidad entre el lenguaje del arte, el de la ciencia y el de la vida. Búsqueda, entonces, de una escritura que se resista a la barbarie que no sólo se expande desde los medios de comunicación, sino que también encuentra espacios crecientes entre los “formadores de opinión” y los vendedores de cultura enlatada.

“Las palabras -ha escrito Arthur Adamov-, esas guardianas del sentido, no son inmortales, no son invulnerables (...). Algunas quizás sobrevivan, otras son incurables (...). Agotadas, roídas, manchadas, las palabras se han vuelto esqueletos de palabras, palabras fantasmas; todos rumian y sin convicción eructan sus sonidos entre dientes”. El horror del futuro es el silencio de las palabras del hombre y su reemplazo por una jerigonza tecnologizada que hoy

ya podemos vislumbrar a nuestro alrededor. Nuestra utopía, sostenida en la escritura del ensayo, apuesta por la supervivencia del lenguaje en medio de su absoluta banalización. Tal vez sea en nuestras universidades donde el riesgo sea mayor ya que allí suele negarse el progresivo deterioro de las escrituras refugiadas en los informes de investigación o en los papers pausterizados que suelen carecer de toda originalidad, verdaderos documentos de una globalización académica que se ha especializado en la producción intensiva de esos productos normativizados que pueden ser leídos de la misma manera en cualquier rincón del planeta sin saber, quizás, su origen. Es ese vaciamiento de las palabras el centro de un desafío impostergable, el núcleo de una tendencia cada día más hegemónica que está asolando las escrituras de aquellos que debieran reflexionar sobre las consecuencias de este progresivo despliegue de una información ahuecada cuya multiplicación infinita es proporcional al enmudecimiento crítico.